

# Recuperación de un cuento autobiográfico de Lino Novás Calvo: “Mi más vivo recuerdo”

—• Por Jorge Domingo Cuadriello •—



Al iniciarse la Guerra Civil Española en julio de 1936 Lino Novás Calvo se halla en la ciudad de Bilbao, enfrascado en la tarea de escribir varios reportajes sobre el sistema carcelario. Está cerca de cumplir 33 años y ha logrado insertarse en los círculos literarios madrileños no solo a través de los trabajos periodísticos que ha dado a conocer en *El Sol*, *La Voz y Mundo Gráfico*, sino de cuentos en la prestigiosa *Revista de Occidente* y de la novela biográfica *El negrero* (1933), elogiada incluso por Miguel de Unamuno. También se ha convertido en una presencia frecuente en el Ateneo de Madrid, institución en la que llega a desempeñar el puesto de secretario de la sección de Literatura.

Novás Calvo tiene la suerte de trasladarse a la capital española poco antes de que los distintos territorios queden fragmentados: unos fieles al gobierno legítimo y otros en manos de las fuerzas sublevadas. Hasta ese momento no había tenido una activa participación en la política ni se había afiliado a un partido, aunque a través de algunas de sus cartas personales escritas poco antes podemos saber que se había sentido atraído por el movimiento anarquista.

Llega entonces el momento de las definiciones políticas, en una España en guerra fratricida con intervención foránea, y hace suya la defensa de la causa republicana. Colabora con artículos de propaganda en *Ayuda*, semanario de Socorro Rojo Internacional, e ingresa en las filas de la Federación de Estudiantes Hispanoamericanos, de orientación izquierdista. También se incorpora al Quinto Regimiento, organizado por el Partido Comunista, y se desempeña como su corresponsal de guerra y oficial de enlace de la división del coronel Valentín González (*Campesino*).

Su lealtad al ideal republicano y su repudio a las fuerzas rebeldes no debían causar duda alguna. Sin embargo, en aquel contexto de pasiones desbordadas, de intolerancia y extremismo y de exaltación

militante en que la vida del ser humano se cotiza a la baja, Novás Calvo resulta acusado sorpresivamente en una asamblea masiva de escritores y artistas, efectuada en la sede de la Alianza de Intelectuales para organizar en 1937 el II Congreso de Escritores para la Defensa de la Cultura, de haber publicado a fines de 1934 una serie de artículos contra el movimiento revolucionario de Asturias que protagonizaron los mineros. La inesperada acusación procede de otro intelectual, Francisco Carmona Nenclares.

Aunque algunas voces se alzan en su defensa y ponen en duda la veracidad de ese cargo, entre ellas las de Pablo Neruda, María Zambrano, Rafael Alberti y José Bergamín, Novás Calvo es conducido de inmediato a un reducido cuarto situado en los sótanos del edificio, hasta poco antes Palacio de los Marqueses Heredia Spínola. Encerrado en ese lugar permanecería en espera de que su acusador presentara las pruebas: esos supuestos artículos firmados y publicados por él. De hacerse así, al amanecer sería fusilado.

No resulta difícil imaginar las horas de angustia y desasosiego que habrá sufrido estando en capilla. Aunque contase a su favor con la serenidad que le proporcionaba el convencimiento de que esos escritos suyos nunca habían existido, siempre quedaba la posibilidad de que le atribuyeran algún artículo reaccionario publicado bajo seudónimo, o que ante la duda se determinara la solución extrema.

El desenlace de aquel drama individual, situado en el marco de muchos dramas colectivos, llegó cuando Carmona Nenclares no pudo presentar las pruebas que creía tener y se vio obligado a reconocer lo infundado de su acusación. Entonces Novás Calvo fue puesto en libertad. ¿Por qué resultó víctima de una acusación tan irresponsable como gratuita? Ante esa pregunta confesamos no tener respuesta. Quizás fue el resultado de una verdadera equivocación, sin intenciones torcidas, o fruto de una ven-

ganza personal, de la envidia o de las discrepancias ideológicas que existieron dentro de las filas de los republicanos.

Un resumen de aquella amarga experiencia la hallamos en el texto de Salvador Bueno “Semblanza biográfica y crítica de un narrador”, escrito a partir de los testimonios ofrecidos por el propio Novás Calvo. Estas son sus palabras: “Aquella noche, noche de condenado a muerte, la pasó en los sótanos del Palacio de Spínola (sic), uno de los más antiguos de Madrid. El alba le traería la luz y la muerte. Sin embargo, a la mañana siguiente el acusador presentó un documento donde se confirmaba no había sido el autor de aquellos artículos. De aquella jornada de ignominia conserva solo el recuerdo grato de un joven miliciano, poeta incipiente, llamado Pérez Infante, quien le confió la guardia durante la madrugada testimoniándole absoluta seguridad en su inocencia.”<sup>21</sup>

Acerca de Carmona Nenclares hay abundante información: había nacido en una localidad de Burgos en 1901 y en la Universidad Complutense de Madrid había cursado estudios de Medicina y de Filosofía y Letras, sin llegar a graduarse. Siendo aún joven se adentró en el periodismo en la capital española y publicó además algunos estudios literarios, entre ellos *El amor y la muerte en las novelas de Alberto Insúa* (1928) y *La prosa literaria del novecientos* (1929). A continuación se afilió al Partido Socialista Obrero Español y fue nombrado Catedrático de letras españolas en el Instituto de Madrid. Al estallar la guerra se le designó la dirección del diario socialista *Claridad*. Más tarde se desempeñó como diplomático en París y al concluir la contienda impartía clases en el Instituto Salmerón, de Barcelona. Se vio obligado a marchar al exilio y tras breves estancias en Francia, Venezuela y Colombia se estableció en México, donde fue profesor de la Universidad de Sinaloa y años después de la Universidad Nacional Autónoma de México. También colaboró en la Editorial UTEHA y publicó otras obras, entre ellas *España: tríptico de ira. Diálogo con Dionisio Ridruejo, en la Prisión Central de Carabanchel* (1958). Falleció en la capital mexicana en 1979.

Del “joven miliciano” y “poeta incipiente” hemos podido conocer que su nombre completo era Luis Pérez Infante, nacido en Galaroza, Huelva, Andalucía, en 1912. Durante la guerra escribió en forma de romance “La muerte de Durruti”, elegía dedicada a este legendario dirigente anarquista, que alcanzó cierta popularidad. Ante la inminente victoria de las tropas franquistas tuvo que marchar también al exilio y logró refugiarse en Montevideo, Uruguay, donde murió en 1968. Con carácter póstumo la Aso-



Lino Novás Calvo (Galicia, España, 1903- Nueva York 1983)  
Uno de los más relevantes narradores cubanos  
del siglo xx.

ciación Literaria Huebra publicó en forma de folleto *La muerte de Durruti* (2003).

Aquel momento amargo no hizo variar en Novás Calvo su fidelidad a la causa republicana ni renunciar a sus responsabilidades. Se mantuvo en su puesto y en febrero de 1939, cuando ya el derrumbe del gobierno legítimo resultaba inevitable, pasó a territorio francés. Gracias a poseer pasaporte cubano, unas semanas más tarde logró desembarcar de nuevo en La Habana, en esta ocasión como exiliado. Ingresó entonces en la redacción de *Noticias de Hoy*, órgano de los comunistas cubanos, en cuyas filas militó por unos años, y más tarde pasó a realizar traducciones para la revista *Bohemia*. Su libro *La luna nona y otros cuentos* mereció en 1943 el Premio Nacional de Cuento. Tuvo la dicha de recibir además varios premios periodísticos; pero también la desventura de sufrir severas crisis nerviosas y estados depresivos en los que de seguro desempeñaron importante papel sus desgarradoras experiencias durante la guerra española.

Hasta hace algunos años se tenía la creencia de que aquella contienda no había dejado huella en sus creaciones literarias, aunque sí existían informaciones fidedignas de que antes de marcharse de Cuba, en 1960, había estado escribiendo al menos un relato

sobre ese tema. En fecha reciente la investigadora Ciria Romero, quien ha dedicado muchas páginas a estudiar la obra de este autor, halló en un número de *Noticias de Hoy* de 1939 su cuento “El comisario ciego”, y poco después salió a la luz que en el número 22 de *Hora de España*, publicado en Madrid en octubre de 1938, se había dado a conocer su relato “El tanque de Iturri”, ambos textos inspirados en la contienda española. A ellos viene a sumarse ahora el presente cuento, que lleva el elocuente título de “Mi más vivo recuerdo” y logramos encontrar en la revista mensual *Ellas* Año 14 Nro. 168. La Habana, diciembre de 1947, páginas 15, 135, 138-139. Consideramos que esta narración suya, que preferimos ofrecer sin otros comentarios, viene a enriquecer su bibliografía activa y solo alcanza su pleno significado cuando se conocen los pormenores de lo ocurrido aquella noche madrileña en que Novás Calvo estuvo a punto de ser fusilado.<sup>2</sup>

## Mi más vivo recuerdo

LINO NOVÁS CALVO

Nada lo había anunciado. Ningún acto premeditado. Ningún arrebato. Ninguna víctima y ningún victimario. Y sin embargo, yo estaba en capilla.

Es esto, y sólo esto, lo que quiero referir. Nada importa el lugar ni el tiempo ni el motivo. El hecho basta. Es el hecho máximo: un hombre entre la vida y la muerte; un hombre en capilla.

Todo había sobrevenido como un derrumbe. Y todo se había derrumbado. Primero, la voz airada que se levanta, inesperadamente, por sobre las cabezas: ¡YO ACUSO! Luego, la voz fría y raspante, que concluye: *yo sentencio*.

Y finalmente, el silencio súbito, salvo los propios pasos a través de la sala, hacia el patio de piedra y la boca de escalera en medio de la noche. Aún estoy oyendo estos pasos. Repican todavía en mi cabeza como en la caja de un instrumento, condenada a no responder ya más nunca a otro estímulo.

La sala se ha quedado callada. Una como masa oscura se va abriendo, con renuncia, para dejarme paso. Pero lejos, todo alrededor, tengo conciencia como de un rumor trepidante. Alguien se ha atrasado en mi camino, me hace detenerme, pero solo veo sus pies. Voy con la cabeza inclinada; me pesa demasiado para levantarla. Mi cabeza va cargada de lo que más pesa en el mundo: el vacío.

No sé quién me guía ni quién me guarda, pero noto que observan cierta distancia y que marchan con un ritmo igual. Su presión me llega a través de



una zona de aire rarificado y es por eso más intensa. Nunca he llegado a saber quiénes eran, pero reconocería su paso, de repetirse igual, sobre cualquier suelo.

Llegado al patio me detengo, sin volver la mirada. No hay luz dentro ni fuera del muro. No hay luz en el cielo. Solo aquel rumor trepidante y lejano. De vez en cuando, algo como un fusilazo rasga la tiniebla. Los pasos que me acompañan se detienen. Un hombre se adelanta y, cogiéndome por un brazo, me guía hacia la boca de la escalera. Me alumbra con una linterna.

Empiezo a bajar. Desde hace tres minutos, el tiempo ha dejado de tener sentido. Ahora se está acercando al de los sueños. No hay límite para la prolongación de cada minuto. Todo depende de lo que ocurra en él. Pero lo que ocurre es también limitado.

Una luz fantástica baña el cuadrángulo del sótano. Es una luz fatua, procedente, quizás, de alguna otra pieza subterránea, pero filtrada a través de los quebrados túneles de la casa. Parece iluminar precisamente la cama, el único mueble de la pieza.

Mi guardia se ha quedado a mitad de la escalera. Apaga la linterna; lo siento subir y entrecerrar la puerta que da al patio. Luego vuelvo mi atención hacia la cama.

La cama es estrecha y larga, de hierro viejo, con una colchoneta enfundada. Está al fondo, equidistante entre el pozo de la escalera y una puerta lateral sin puerta. El local huele a moho y a criados.

Alguien termina de cerrar la puerta. Entonces el silencio se hace completo.

Había llegado hasta la cama como guiado por las miradas y la linterna de mis guardias. Me agarro a ella y la sujeto firmemente, no tanto para no caerme (no son mareos lo que siento) como para retener una última sensación de realidad, de contacto con la tierra. Mi estado solo puedo describirlo como una especie de levitación interior.

Sin soltar los hierros me vuelvo lentamente; me esfuerzo igualmente por sujetar los sentidos a lo que me rodea, pero apenas hay nada a que asirse. Puedo distinguir el contorno de la pieza, y el primer pensamiento distinto que asoma a mi mente es este: un sepulcro. Un sepulcro del siglo trece. Y yo el muerto en este sepulcro.

Todavía asido a la obra de hierro me vuelvo sobre la colchoneta. Esta se hunde con un crujido. Al mismo tiempo, tengo la sensación de que el techo se pandea y de que cada movimiento mío provoca otro correspondiente en lo que me envuelve. Pero a continuación techo y muros se estratifican en esa forma y me aprisionan. Me parece que entre ellos y yo se ha congelado una sustancia invisible que me impide moverme.

Mi primer acto de voluntad es procurar mantener la mente en blanco. Tengo miedo de pensar y de recordar. No es la propia vida la que desfila ante los ojos de la mente cuando esa vida está agotando sus minutos. La mente se torna rígida, frágil, limitada, tímida. Teme distanciarse del presente hacia el pasado o hacia el futuro. Yo temo mover un músculo o una imagen. Temo mover un pensamiento o una idea. Estoy entumecido, pero no como de frío. Como el tiempo, ha desaparecido la temperatura.

No obstante, aunque débiles, los pensamientos persisten. Lo sucedido había sido demasiado súbito, y solo ahora empiezan a despertar, aturdidos, los pensamientos. Envían como sigilosas avanzadas, pero no son como luces gastadoras hacia una cámara oscura. Son más bien manchas oscuras, girando tímidamente en una zona más oscura que ellas. No hay gravitación en esa zona. Las imágenes mismas pueden caminar holgadamente por el techo de mi cerebro.

Lo primero que advierto en esto es que no tengo que enlazar imágenes ni nociones para comprender. No hay secuencias. Todo ocurre en primer plano, sin estorbarse. No es una historia (mi propia historia) sino un estado (un estado intransferible). Todo

lo comprendo sin esfuerzo. Pero al mismo tiempo algo me está diciendo que tal comprensión es inútil, porque no tiene relación, correspondencia con otros seres. Yo estoy solo con esa verdad en primer plano, y nadie más que yo puede, ni ha podido ni podrá verla más nunca.

Esto me produce algo próximo a un sentimiento, pero noto que me pesa demasiado y trato de evitarlo. Trato de no sentir. El sentimiento me debilita.

Me duele el cerebro. No es un dolor en la cabeza, localizado; no es un dolor físico. Sin embargo, es un dolor, o más bien, una presión. Me siento tirante, y esta tirantez se extiende y acrecienta al grado en que me parece que la más tenue idea puede romperme. Lo que se me ocurre entonces es: “de cristal”. Soy de cristal.

El pasado, en grandes líneas, persiste, pero siempre fijo y sin perspectiva. Se funde con el presente. Y todo en una luz seca y frágil.

Todos los sonidos de fuera me llegan como retemblores distantes. Es una continuación de explosiones, también en primer plano. Fijo temporalmente en ellas la atención, y se me ocurre: “Si ellos entraran, me fusilarían.” De todos modos, alguien me fusilaría.

Alguien abrió, arriba, la puerta del patio. Entra, filtrado, un resplandor, que a veces se apaga por completo y otras se realza. Trato de asirme con la mente a este fenómeno, para impedir extraviarme pensando en vacío.

Con la luz bajan voces y pasos. Deben de ser restos de la asamblea. Aguardo, expectante; ahora ha terminado; quizás hayan resuelto enviarme compañía...

Es cruel y humillante, pero inevitable: en ese estado nada se anhela tanto como un compañero. Alguien que, por compartir el mismo destino, pueda compartir la misma angustia. Hasta para morir se necesita compañía. ¡Para morir especialmente!

Pero pasan los ruidos. Alguien descende por la escalera, llega hasta los últimos peldaños y se detiene un minuto. No puedo verlo, pero siento su respiración. Me pregunto quién será.

Permanezco acostado, boca arriba, agarrado a los hierros de la cabecera, mirando, con un ojo al techo y otro a la escalera. El que había bajado remonta poco a poco los peldaños.

Todavía se oyen voces en el patio. Son aún voces discutidoras, irritadas. A intervalos, suenan disparos de armas cortas. Dos hombres hablan a la entrada misma de la escalera. Sus voces me parecen familiares. Luego se apagan y alguien baja con una linterna y me enfoca. El reflector me deslumbra, y cuando puedo ver de nuevo, sus pasos están remontando la escalera.



Dejan abierta la puerta del patio. Esto alivia algo la sensación de estarme ahogando. Es curioso: “sabe” uno que va a morir de cierta manera, y procura por todos los medios defender la vida de otras formas de muerte, como si fuera un precioso regalo que quisiera llevar, a la hora indicada, intacto.

Ahora me estoy defendiendo de sensaciones, pensamientos, recuerdos, imágenes: todo lo que pueda sacudir y alterar este estado de alma encogida en que me encuentro.

Otra vez me asalta aquella noción: “soy de cristal; tengo el corazón de cristal, tengo el cerebro de cristal, tengo el vientre de cristal, tengo los órganos de cristal” —y pienso en esas figuritas finísimas que los artesanos-artistas hacen, soplando, en sus talleres domésticos. Pienso también en la fina cristalería de los antiguos amos de la casona del siglo trece.

El tiempo, como digo, es una noción de intensidad, no de sucesión. Sin embargo, tengo presente una hora. Es mi cita con una hora, seguramente antes del alba. Estoy persuadido de que será a esa hora, y a fuerza de enfocar el pensamiento en ese acto (quizás para no temerlo) llego a representármelo claramente... hasta cierto punto. Me veo a mí mismo saliendo del sótano, marchando, entre mis ejecutores, hacia el auto y luego, en un raso de monte, frente a ellos. Pero en ese punto los ejecutores se van estratificando. El tiempo los convierte rápidamente en mogotes de tierra. Y yo quedo solo, más acá del tiempo, todavía vivo, todavía esperando, en medio del raso, sin posibilidad de referencia.

Trato de mover las figuras, de revivirlas, les digo con el pensamiento que se levanten, que alcen sus armas, que cumplan con la misión que les ha sido asignada. Pero ellas no se mueven. Ellas van envejeciendo, y yo voy quedando más y más del lado de acá del tiempo.

Este no es un sueño ni una pesadilla. Ocurre así, en mi mente, mientras miro al techo pandeado. Cuando salgo de este estado, me parece que el cerebro va a estallarme.

Algunas personas que han formado parte de mi vida se me presentan en imagen, pero hasta las más queridas (así como las más odiadas) me llegan transfiguradas. Es como si yo, recogido en mí mismo, hubiera dejado de regarlas con mis sentimientos y se secaran y se estuvieran pulverizando. Son formas secas, cadavéricas, máscaras de las que yo había conocido. No vienen a mí en son de amparo ni de guerra. Danzan en una zona neutra como espectros, y allí se funden, formando como un cinturón de vacío a mi alrededor. Más bien me parece que es ese aislador espectral lo que me impide concebir ya el mundo que pisamos y sentimos en su realidad.

Vuelvo a esperar en la hora última. No la espero ni voy hacia ella con valor ni cobardía. La hora es ya presente, la estoy viviendo, y, siendo fatal, solo me queda sostenerme en ella. Todo mi esfuerzo mental se concentra en impedir que me desintegre. Es como si deseara rebasar junto, entero, esa hora más allá de la cual no me es dado ver nada.

Aquí cabe una observación. No se puede ver nada más allá, en *ese estado*, cuando no se ha visto *antes*. Y no se puede haber visto antes cuando la visión no nos ha sido dada (o aun peor, cuando nos ha sido negada). De manera que el contacto con la muerte nada añade a nuestras facultades. Más bien lo contrario.

El vacío vuelve a ser mi realidad más intensa. Todavía estoy vivo, pero carezco de voz y presencia para llegar a nadie. Es como si el mundo entero me hubiera vuelto la espalda, se hubiera petrificado en derredor. Para ese mundo (y no había otro) yo no existía. Peor aún; nunca había existido.

Una vez traté de romper esta presión. Me tiro de la cama, me sostengo de pie, doy unos pasos, subo al primer peldaño. Deben de haberme sentido de arriba, porque alguien entrecierra la puerta. Compruebo que, aunque muy débil, mis músculos todavía responden. Pero al mismo tiempo se me figura que lo que se mueve no es yo, sino un cadáver, y que yo estoy aprisionado dentro de ese cadáver que en otro tiempo (hace mucho tiempo) ha sido yo. Incluso tengo la sensación de que ese cadáver, descomponiéndose lentamente, por dentro, despide hedor; que su cadaverina rezuma sobre mí como una cueva húmeda. Pronto es el sótano todo el que está rezumando cadaverina.

No me atrevo a acostarme de nuevo. Me parece que la cama es un sarcófago del que acabo de tirarme. Pero fuera de él la desazón es mayor, porque necesito algo a que ceñirme para atenuar la irrealidad de mí mismo.

Me siento en el primer peldaño. Fuera y arriba parece haberse hecho una calma. La relaciono con las calmas que suelen preceder, estos días, a la fusilería del alba. Por eso deduzco que la hora se acerca, que pronto bajarán a buscarme, que enseguida estaré en el raso perdido más allá de todo recuerdo.

Alguien cierra arriba la puerta. Luego alguien vuelve a abrirla. Un reflector penetra por el pozo de la escalera, pero no llega hasta mí. En el patio sueñan, brevemente, algunas palabras; se oye correr un cerrojo. Todavía tengo suficiente claridad para contemplar lo que escucho. Es el relevo de la guardia. Luego, el día debe de estar cercano. Esto me anima. La hora se acerca, la hora se acerca... El vacío va a romperse.

Me pongo de pie. Inmediatamente suenan pasos en la escalera y una linterna me enfoca la cara. Vacilo, parpadeo; la linterna se apaga y yo trato de afianzarme en la pared; resbalo y voy a dar con la cabeza contra un borde de piedra. Pero me levanto en seguida, a tiempo para oír (llana, serena, neta, familiar) la voz que dice:

—¡Lino, sube!

Al tacto, salvo los últimos peldaños y salgo al patio. Un resplandor verde se asienta sobre el mundo. Todavía no es el alba. Miro en derredor. El portón está entreabierto, y una forma oscura monta guardia. Luego, del fondo surge otra figura, que viene hacia mí a paso pausado. Levanta el máuser verticalmente y me lo ofrece:

—¡Toma, haz la guardia!

Reúno fuerzas para mirar fijamente al que tengo delante. Él me mira con seriedad.

Le respondo:

—¡Vamos ya! ¡Sobran las burlas!

Me sonrío y mira con afecto. Se acerca. Presiona el máuser contra mi mano.

—No es burla. Tú me conoces. También a ti yo te conozco. Esto ha terminado. ¡Te cedo mi guardia!

La noche fue quedando atrás. Atrás quedaba la capilla. Pero el recuerdo me seguía. Me sigue todavía.

Notas:

<sup>1</sup> Bueno, Salvador “Semblanza biográfica y crítica de un narrador”. En *Medio siglo de literatura cubana*. La Habana, Publicaciones de la Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1953. P. 224.

<sup>2</sup> Esta narración no aparece ni siquiera mencionada en las compilaciones de cuentos del autor que se han impreso en los últimos tiempos, así como tampoco se incluye en la deficiente *Bibliografía de Lino Novás Calvo* (Cincinnati, 2007), publicada bajo la firma de Carlos Espinosa Domínguez.

